# *RELATOS ERÓTICOS*

María Barnard



VERSOTERAPIA

*RELATOS ERÓTICOS*
Maria de los Dolores Posada y Barnard.

D.R. @ Primera Edición marzo 14 2019.
Segunda edición: Marzo 2021.
No. De Registro ante Indautor:
03-2019-043010510800-14
Revisión: Fernando Rioja Gamboa, Dolores Posada, Musa Peregrina,
Carlos Eduardo Lamas Cardoso.
Diseño general: VERSOTERAPIA.


Impreso en México/*Printed in México* por VERSOTERAPIA ®.
Xalapa, Veracruz, México.

# Agradecimientos:

A mis padres:
Salvador Posada Abascal y
Dolores Barnard Barriovero

Especialmente a:
José Negrete

A mi hija:
Giovanna Paola Hernández Posada

A mi nieto:
Juan Leonardo Solari Hernández

Y a mis hermanos:
Jesús Salvador
José Eduardo
Marisol
Víctor Manuel
Alejandro Xavier
José Antonio
Elizabeth del Pilar
María Fernanda

# PREFACIO

14/03/2019

## MADRID

## La lectura de un poeta.

Fui invitada a un congreso de literatura en el teatro *Tribueñe* de Madrid, España. Leí con otros escritores poemas de nuestra propia autoría ante el público tradicional que acude por costumbre a los eventos. Compartí la mesa del foro con el escritor y periodista José Negrete, quien leyó sus poemas de corte moderno y verso libre con el impulso de las vanguardias europeas que se han manifestado desde el principio del siglo XX hasta la España actual. Escuchamos los aplausos de los asistentes convencionales al teatro. Y al finalizar las lecturas nos dirigimos a cenar, y conversando sobre la historia de nuestras vidas me comentó: que en la alta noche le escribe poemas a una mujer árabe sabiendo que nunca obtendrá respuesta alguna porque considera estaría ya muerta.
El Sr. José Negrete me leyó algunos de sus versos y juró ante mí presencia diciendo: “estás son mis últimas letras escritas para ella.” y con su voz grave leyó lo siguiente:

*Fuiste del sauz de entre tu cuerpo.*
*Tersura de jazmín fue tu voz.*
*Y tu carne a mis labios*
*aún vívida florece.*

*Eres ocaso de sol a mis ojos.*
*Magnifica presa es tu paisaje*

Los ojos de José Negrete se entornaron difusos como la luna cuando se esconde tras las sombras de la noche. Su boca perdió el temple de su voz y sus labios temblaron al unísono del sincero y

poco audible quejido del amante. Levantó su frente y extravió su mirada hacía el horizonte. Un horizonte donde el vértigo se hace presente en toda su inmensidad, es el mismo vértigo que se vislumbra en la transparencia del mar acuoso a lo lejos desde la íntima luz suave que penetra hasta el fondo de la noche.
Sostuvo su copa y la sangre del vino derramó sobre sus labios dejando en ellos un tinte perlado de rubí, y un obsceno aroma trastornó el vago sentido de su conversación. Fijó su mirada a mis ojos y yo extravié la liviandad de los míos en los suyos, sus labios húmedos y encarnados de deseo se violentaron contra mí como un animal hambriento al devorar su presa.
Mordió mi hombro y salté en impulsos de lujuria. Respondí sellando con mis labios su largo cuello y él, con un leve gemido aceptó la amenaza de mi boca. Murmuré a su oído:

*Moruna es tu voz,*
*desierto y arena.*
*Yo sedienta al oasis de ti*
*en el luciente turbante de seda y oro,*
*emblema de tu rostro y galanura.*
.
*Mírame a mí turbada en el tálamo,*
*ebria de luna al baile girar de mi carne*
*al son imprevisto de mi lengua a tu boca.*

*Yo, la árabe andaluza,*
*obscena de mí,*
*siempre de tus ojos.*

María Barnard, 14/03/2019.

# PRÓLOGO

La unión originaria entre hombre y mujer estuvieron inmersas durante largos siglos en una humanidad castigada, limitada y cosificada. *María Barnard* alumbra con su poética esas sombras que aún permanecen, y que son diluidas y dispersas en sentimentalismos dentro de un régimen domesticado de las uniones conyugales socialmente autorizadas. *María Barnard* busca con sus relatos comunicar el poder oculto de la sexualidad; abrir las puertas a lo que nos fue negado a través del amor sexual. Nos invita a recorrer lugares llenos de historia por el sendero de la reinterpretación de lo que comúnmente conocemos como sexualidad. Nos lleva a lugares propicios para el encuentro de los sentidos que reconocen lo que un día nos fue prohibido y arrebatado por los dioses.
Es importante entrever la simbología con la que la autora reviste el principio femenino y le da vida al principio masculino; símbolos fuertes en cuya unión trasciende lo bueno y lo malo; lo permitido y lo prohibido.

Unirse, fundirse en la eternidad de un momento:

*"Ella atrapada por sus brazos,*
*él entrelazando sus piernas a su cintura".*

Una unión erótica sacralizada por la lujuria envuelta en llamas, perenne deseo de los amantes de retornar a la virtud originaria.

*Despierta, regresa a ti mismo*

y mediante el amor sexual restablece la unidad divina.

Víctor Manuel Posada Barnard.



# *NOSTALGIA*

*Perturbada*
*Me disfracé de instinto,*
*desnudé la piel ante la luna,*
*me vestí en la demencia*
*sumergida en el deseo*
*bajo la seda de tu cuerpo,*
*mordí mis labios*
*y la noche quedó muda.*

*07 de octubre 2020*

*Regalo de amistad para María Barnard*

# OJOS COLOR DEL TIEMPO

Querida amiga: Ésta noche quiero confesarte que describir aquellos laberintos por donde se interna tu poesía nómada, me resulta indescifrable, tanto, como lo es el azul profundo de tu misteriosa mirada. En ella existen círculos abiertos que nunca logró cerrar el tiempo, que yacen en lejanas tierras, allí, en donde tus versos escarban en la arena caliente del Sáhara y se funden con el territorio sagrado de la imaginación que la literatura posee, y sólo comparte con unos cuantos, con quienes se atreven a ser ellos mismo y dan alas a su pensamiento infinito. Sé, que en tus alforjas guardas recuerdos y motivos suficientes, para acampar en ese lejano lugar y fundar tu propia aldea de metáforas. Enarbolando la bandera del erotismo, enfrentas toda lucha con tus visiones poéticas enraizadas en fantasías , en sueños que te conducen hasta el final del túnel, en donde segura estás que te espera él, un ser que has dibujado entre las sombras de la noche, del que visualizas el contorno de su silueta, al que olfateas su rastro y te abrigas de su piel que te proporciona un mágico bienestar, un placebo quizá, un elixir que anhela tu

carne, en éste confinamiento cruel, en ésta soledad avasallante y que a ratos pareciera perpetuarse por entre las rendijas de un futuro incierto. Tus historias revelan luchas abstractas, apasionados gemidos, apacibles despertares, ensoñadores dilemas. Tu pluma cabalga y conquista, asume poderosamente su lugar, escolta, pastorea la caravana con destino al medio oriente de tu mirada sin tiempo, la mirada de una mujer enamorada del amor, poseedora de la furia de un toro de lidia entrando al ruedo, bajo el turbante de los años que cubre tus labios guardianes de las voces que te acompañan desde otras vidas, mucho antes, quizá desde el día en el que nació la vida misma. Tú… la de los ojos color del tiempo… siempre tú.

Oralia Lombera Reyes.
*“Musa Peregrina”*

# SALZBURGO

## La Salomé

Una joya barroca rodeada de montañas, Salzburgo, la Abadía de San Pedro con su estilo gótico y su antiguo cementerio. Sus estrechas calles engalanadas de portones medievales y un antiguo palacete donde celebró *Mozart* sus primeros conciertos desde el clavicordio, allí, un grave pianista ejecutante de las inusitadas melodías del niño genio sentado frente a un piano negro de cola que semejaba un monstruo que vociferando emitía maldiciones andantes sobre el teclado basadas en los lejanos argumentos de la leyenda trágica de *Romeo y Julieta*.
Frente a una luz tenue que una pequeña y fogosa lámpara emitía en el fondo, sintiéndome yo, en ese recinto frío, protegida por las enormes sombras proyectadas por ella hacia los asistentes, fue para mí como la luz de luna tras un breve manto de nube plateada en la suavidad de la noche.
Así pude concentrarme en la alegre y andante melodía del concertista.
En ese momento, oí el rechinar de la tela contra la piel de la butaca y fijarme en la presencia de un hombre sentándose a mi lado.
Volví la mirada y observé que lucía una elegante vestimenta exhumando un olor profundo a hoja de tabaco negro. En la penumbra mire su rostro pálido; la silueta de su mano temblequeaba simultáneamente al vaivén de la melodía. Lentamente su tacto acercó hacía el confín de mi falda, perturbada, volví mis ojos hacia su rostro y descubrí su mirada abyecta y primitiva como la de un fauno observando lascivamente a su Medusa.

Mientras nuestros ojos se fijaban lúdicamente, él insinuó sus dedos de entre mis piernas, luego brindó sus labios a mi oído al tiempo que sus manos tanteaban la servidumbre de mis muslos.
En esos momentos en el que el placer trastoca su significado la mayoría de las mujeres huyen por su natural cautela; yo, ahí, devota y subordinada, me confieso fiel a mis instintos, a la debilidad de la carne, a la impasible sed y la ansiedad de mí hacia los hombres.
El desconocido alargó su mano izquierda lentamente sobre la lisura de la seda que cubría mi lábil dorso sosteniendo mi seno provocando la erección de mi úvula demostrando a nuestros ojos el ímpetu animal y la elegante cortesía viril y austriaca. Murmuró a mi oído palabras jadeantes y obscenas que intuí de su lengua sintiendo yo, un puntuar lúbrico en el hondanar de la mente que envilece la conciencia.
En ese instante, sorda yo, a la música y a los bisbiseos de los asistentes, me transformé en una hurí, en una esclava de un harem, en un signo estatuario y palaciego.

“La Salomé, danza al armonio del laúd
a la amenaza fiel de una daga"

Llegó de ésta forma el momento donde la mujer ignora sus fronteras sociales. Me levanté de la suave codicia del asiento y me dirigí apresurada entre el estrecho pasillo de los asistentes hacia el camino oscuro que lleva al largo cortinaje que cubre el fondo de la salida del recinto.
El hombre siguió tras de mí, trastornando las piernas cruzadas de las mujeres incomodando a sus acompañantes.
Me oculté tras de uno de los gruesos lienzos del cortinaje. Él me buscó detrás de cada uno de ellos sin encontrarme hasta que yo dejé ver mi silueta desnuda detrás de la oscuridad del terciopelo purpura de la cortina.

Mi cuerpo se erguía sinuoso como una sierpe ante sus ojos de noche.
Un rumor gélido en el aire abrigaba mi ávida piel.
Él austriaco entró a mis dominios y desesperado estrujó la breve carne de mi dorso, mantuvo sus prendas superiores incólumes pero desbragó la cintura baja de su vestimenta. Un leve gemido se escuchó al unísono tras el silencio de los últimos arpegios musicales del piano de la sala de concierto conjurando la cópula en el recinto sagrado y musical de *Mozart.*





# PRAGA

## El hombre de la absenta

A lo largo del puente *Carlos IV*, tenues faroles hacen lucir aún más la estatuaria de los 30 santos de la antigüedad, ávidos siempre de ver los paseantes caminar durante seis siglos; lo bueno y malo del tiempo y sus historias como un relieve pictórico enmarcando el fondo del horizonte: las sombras antiguas y palaciegas del *Castillo de Praga* semejando sus formas a lo lejos la fantasía de un descomunal cíclope conteniéndose en la piedra.
Angostándose el puente y bajo las escalinatas se encuentra el lugar donde culmina una leyenda del romanticismo.
Sentada yo en la silla de una pequeña taberna donde se respiraba el olor a ajenjo de la bebida de verde *absenta* y también el aroma del viejo vino amargo del pueblo. Rebosaba en el aire perfumes, "verdes como las praderas..." Ofreciendo al viento, un beso mío desde la ebriedad de las disolutas musas. Así percibí el suave bálsamo durmiente del ajenjo.
La bebida como un lúbrico lienzo de seda fresca corría desde mi *garganta profunda*.
Al poco tiempo mis visiones transformaron el deseo en un ideal en satisfactorio.
El hombre que me sirvió la bebida se aproximó a mí, e inhalaba yo de su vestimenta un olor seco de perfume aromado por la costumbre de llevarlo encima por muchos años.
Su vestimenta de marino hacía brillar aún más el gris de su cabello, su rostro barbado y lo erguido de su cuerpo. Absorta de esa imagen levanté lentamente la mirada para definir el negro de sus pupilas que semejaban las mismas tonalidades de sombras que dejan los oscuros resplandores de la luz de la Luna contra los objetos que proyecta. En ese instante sus ojos se fijaron en los míos más

grandes y más azules a causa del vidrio ocre que a través de un viejo candil bizantino, su luz languidecía penetrando y luciendo los breves fulgores de la oscuridad de la solitaria lugar.
El hombre alargó su mano a la mía deteniendo su mirada sobre la gracia del movimiento absurdo de mis dedos que temblequeaban airosos sobre el borde de la pequeña copa. Trató de retirarla atrapando solamente la ansiedad de mi mano, el hombre, resuelto, me atrajo hacía su persona. Sus manos se ensartaron entre mis cabellos. Él bramaba como un mar revuelto entre sus olas y yo semejaba los míos en los frágiles estertores de mi sexo.
Mordí con mis labios su abdomen urdiendo cada palmo de su piel bronceada por el salitre de la mar, sudaba su cuerpo una agreste ebriedad, me sostuvo de la mano y me llevó hacia el puente. A la orilla del río una luz tenue de las farolas de la noche encendían un infierno en los ojos de aquel hombre, rasgué su camisa y arremetí mordiendo nuevamente su dorso, el suplicio y castigo lo hizo más viril, más virtuoso y más amante; mientras yo oprimía la carne de su piel entre mi boca, desgarró el delgado abrigo que me cubría, estrujándome desmedidamente en un vaivén de sus manos incesantes contra el final de mi espalda. Dejé de herir el duro dorso del *extranjero* para disfrutar el goce de la *piedad* de sus fuertes manos: un goce cierto y justo donde la ternura del hombre se convierte en una brasa de lumbre y lacera la suave piel femenina hasta sus límites. Es a mí, la lujuria que es la satisfacción perenne inalcanzable del deseo.
El hombre embistió mi cuerpo contra el muro del puente, levantó mi falda severamente y posó su rostro sobre mi hombro, besó la carne de mi cuello.
Respiraba yo sobre la margen del río un aroma a lirios dolientes. Miraba desfallecer el horizonte como lo hacen los brazos de la noche sobre la luz de Luna bajo el viejo puente de Praga.

# GRANADA

## Los Gitanos

Al sur de España, Granada, y allí las Cuevas de *Sacromonte*, el aire como una bocanada naciendo del mismísimo infierno transpiraba mi piel. Un sudor a bálsamo y mirra aromaba mi cuerpo al gozar con los antiguos ritos gitanos y sus principios de barbarie y origen. En esa cueva profunda las visiones de Dante trastornaban la luz de la noche. Unas antorchas alimentadas de aceite alumbraban pobremente la oscuridad que reinaba a la entrada a la gruta. Un umbral al final del camino convertido por una fogata alimentada de leños chisporroteaba al carbonizarse.

El *cantaor* gemía simulando el llanto de una mujer ante la síncopa desfalleciente de la guitarra, Allí, un hombre con su efigie izada hasta el final de su estatura como una espiga al vaivén del viento con garbo y soberbia mostraba su dorso moreno tras su blanca camisa, de su cuello pendía un paño color del rubí que hacia lucir más el cisne de su cuello y lo moruno de su rostro. Opresa a su cintura una faja del mismo color hacia resaltar el largo tallo de entre de sus muslos ciñendo aún más su vestimenta. Sus lucientes botines en piel oscura y lustrada deberían retumbar sobre la solidez del piso. Los ojos del gitano se hundían profundos tras la plenitud de sus ojeras, sus parpados sombríos caían a la media y tenue luz de su mirada. Me acerqué lentamente al fuego donde los leños ardían. Ordené con mis ojos al hombre de la guitarra ciñera su manos a las cuerdas y rasgara su música al azar e inspiración mía. Me despojé del manto rojo de mi cuerpo y lo abandoné tras mis pasos. Acudí despiadada a las brasas del fogón que se levantaban soberbias a la altura de mis hombros. Al fijar yo la mirada, el fuego pareciere cobrar vida en las quemantes llamas figurando un demonio bailando entre la lumbrera.

La fantasmagoría se dibujaba así mismo en una silueta solar de la agonía del ocaso entrando al sepulcro de la noche. Desnuda yo, al amparo del hálito del aire, el olor a mirra e incienso y el extraño aroma del barro desataron en mí la incitación y el origen más oscuro de la barbarie humana. Acometí aviesa a mis instintos y ofrendé un gran salto elevando mis piernas sobre las altas brasas del fuego y emprendí el baile del *árabe y su daga* que consiste en evitar el filo del adversario al ritmo creciente del rasgueo y el golpeteo del envés de la madera sorda de la guitarra. En la improvisada e incesante danza extraje de la funda de piel la pequeña cuchilla de plata con empuñadura de jade abrazada firme a mi muslo izquierdo por una cinta. Dirigí el arma al cuello del *bailaor* que se encontraba obcecado en la visión obscena de mi cuerpo. Rasgué su piel y un hilo de sangre se mezcló en el aromado sudor a jazmín, absorbí el esbelto líquido y un sabor a salitre, bálsamo y cinabrio humedeció mi lengua. Yo quise morder el molde de sus labios y el desvió el bisel de su boca y su rostro lo aparto de mí, dirigiéndose a la fogata que todavía alumbraba taconeando sobre la piedra pulida de la cueva con el garbo natural del macho describiendo con su baile el *cante jondo* y su tragedia a través del agudo gemido de las cuerdas. Su vestimenta dramática ceñida a sus entrañas hacía más soberbio el movimiento de su cintura que insinuaba la virilidad de entre sus muslos. La tela negra moldeaba justo a la largura de sus piernas que semejaban dos columnas griegas torneadas así mismas al ritmo decadente de la música de los habitantes de África.

El *bailaor* saltó sobre las altas llamas del fuego haciendo más cálido el furor de su entrepierna y volviendo su mirada a mí, me provocó con el sesgo de sus muslos como si fuera un toro de Miura en el ruedo a la orden de la embestida final del verdugo. Corrí y de un salto caí entre su dorso atrapándome con sus brazos y yo atrapando su cintura con mis piernas dejando mis manos libres y mis senos erectos expuestos a la tentación de su boca. Desenfundé una vez

más la breve daga, y herí mi seno izquierdo ofreciéndole una leve línea de sangre cercana a la aureola, él bebió de mí lacerante y violento, descendió y alargó su mano arrancándose la fajilla brotando al instante la carne viril y ostentosa como un erguido nenúfar para luego ser atrapado fuerte por la carne de mis muslos.

Bajo ésta gruta contra el polvo del suelo cabalgué a pelo sobre la tradicional furia de un gitano como si fuese un caballo agreste de los bosques desbastados de la vieja Hungría.



# STRATTFORD-UPON-AVON

## La lápida de Shakespeare

Con un olor en el aire a la antigua edad media, semejante a un racimo de uva que su jugo se ensangrenta y se petrifica, y se mezcla la delicia última de la vid a la humedad del barro, eso es lo que se respira en *Stratford-Upon-Avon* en Reino Unido. Bajo un cielo dramático de verdes praderas se aspira un aire de invierno con aroma bizantino. Sus intrincadas historias hacen sombra a la luz que iluminan los Vitrales de *Holy Trinity Church*, Allí, en silencio meditaba yo, frente a la lápida de *William Shakespeare*, una oración y rezo a su memoria. Un hombre joven de enormes ojos negros me acompañó al final de mi nostalgia. Curvó su torso hacia la loza mortuoria donde yace escrito el nombre del Bardo de Inglaterra, inclinándose como los tallos de las rosas ante los suaves vientos, levantó sus ojos a los míos, y yo quedé prendada de esa inocencia de ángel perturbador en los infames fuegos del fornicio. El perfil perfecto del David y la silueta de un potro griego en su mejor deleite ante la impune lascivia de mis deseos. Le tomé de la mano y tenía la lisura del mármol pero no su frialdad mortecina, y como un ciervo en desbandada ocultó sus ojos volviendo el rostro hacía las sombras de la lápida.

Le pregunté, ¿cómo te nombras? Y sin volver su mirada murmuró:

*“Mi nombre es Marlon.*
*Y tú mujer ¿cómo te llamas?”*

“Me llamo María ¿A qué has venido a
este sepulcro?, le pregunté ansiosa.”

*“He venido como todos los días a esperar*
*a ese alguien que bien sé nunca llegará.*
*Por eso estoy aquí contemplando*
*esta tumba de piedra que parece*
*hablarme al oído desde dentro*
*para luego dejar un rastro de su*
*voz en mi memoria.”* Respondió.

Hubo entre los dos un silencio. Y este es el momento en que los amantes callan para que la adversidad los azote con sus brazos hambrientos de sed. Poco después, adelanté mis pasos hacia el cuerpo sumiso que todavía adolece de hombre. Ofrecí mis labios a los suyos y al cierre del azul de sus ojos como la noche ensombrece a los altos cielos del ocaso a la gran Bretaña, el joven sin rehusar la carne de mi boca nos besamos. Miró apenas mi rostro de mujer medusa, anónima, meretriz y profeta. Él, murmuró:

*“Mujer, cuánto parecer a mi madre tienes,*
*cuánta ligereza en tus manos siento,*
*cuánta carne de tu cuerpo brota”*

Es así como la naturaleza seduce a sus criaturas en el embeleso que confunde la discreción y lujuria que obceca y oprime nuestra inocencia impuesta a nosotros mismos.
Es la ambigüedad de nuestras costumbres afloran insistentes en el clímax de nuestros instintos que perturban al previo deseo de la cópula.

# ÁMSTERDAM

## El mulato de la barcaza

Me encontraba a la orilla de un pequeño embarcadero en los canales de Ámsterdam cuando sobre las aguas calmas una pequeña barcaza con un joven mulato movilizando los remos se acercaba rumbo a la margen del canal. Escuché el golpeteo al batir violento sobre el chasquido del remo al penetrar el agua, y a lo lejos el grito de una voz grave dirigiéndose a mí:

*"¿Deseas subir a la barca?"*
*¿Y por qué no?* Respondí.

Me acerqué y de un salto *encontrábame* a un lado del joven que vestía pantalones ajustados de mezclilla vieja al corte hasta las rodillas, sandalias de cuero y una camisa blanca almidonada abierta al frente y recortada de las mangas, y al final anudada a su cintura; mostraba la avidez en su torso. Arremetió el remo luciendo la fuerza de su carne, la torsión de su cuerpo ceñía la prominencia muscular hacia el final de su espalda; volvió sus ojos temerosos hacía mí, que me encontraba sentada en el lado opuesto, miré cabizbaja su verdad de entre de sus muslos. Él, orgulloso ostentaba la masa grave dirigida hacia la columna ébano de su pierna izquierda como la raíz del sauce que sobresale de entre la tierra, así, mí barquero obstruido de su abrupta carne, lucía de sí, el esplendor de macho. Es el arte estatuario de la Roma decadente, sus manos al asir el remo hacían el grosor de la mímesis de su entrepierna, y su faz hierática del hombre me ofrecía el mito del Caronte al cruzar el río de la muerte.
Me desnudé, me tiré al agua, el barquero quitándose la ropa me siguió hasta el fondo. Me abrazó besándome. Se introdujo en mí y

entrelacé mis piernas a su cintura, fuimos poco a poco emergiendo sobre el agua, el bramar de él, fue un lenguaje animal. El despertar de la especie al cruel egoísmo de la natura.



# MARRUECOS

## El hombre del hachís

Sobre una gran explanada un árabe morisco con piel penetrada de luz del medio día, lucía la destreza de sus elegantes y largas manos cubriendo los orificios de su instrumento musical frente a una negra y soñolienta cobra. Volvió su mirada hacia mis ojos y mientras la sierpe se mantenía erecta, me preguntó en su confundida habla hispana, -*¿quieres el paraíso conocer? si es así, sígueme*.- Yo, sin emitir palabra caminé discreta a unos pasos de distancia entre las callejuelas confundidas donde pasillos y mercaderes se encontraban perdidos entre un mismo laberinto transitado por ellos. Llegamos a un amplio salón donde el colorido purpura tradicional en las alfombras cubrían los suelos de la piedra lisa. Allí, en el centro, una pequeña fuente de agua brotaba violentamente sobre una losa de alabastro haciendo esparcir en el aire su frescura como el húmedo rocío acariciando la faz impoluta del amanecer. Un aroma frío en la amplitud de la sala penetraba seduciéndome. Es el sándalo dulce y oro acompañado de mirra religiosa. Se respiraba ese lujo de lujuria de las mujeres que son bálsamo de los hombres de buena voluntad. Un largo espejo de plata reflejaba el ajustado talle de seda marfilado que envolvía la ansiosa transparencia de mi cuerpo, el perfil y la perfidia de mis senos semejaban la media luna opresos al infierno de la noche. Mi rostro como una medusa hierática hería la fiel herrumbre del metal de plata sobre el espejo. Él árabe moro, guía de mis deseos fumó hachís sorbiendo de una larga extensión de un gran frasco hermético. Sus labios carnosos invitaban la brevedad de un beso sórdido e inmanente a mi boca. Caminé hacia él, y me incitó a fumar. Minutos después sentí que el tiempo se detenía a mis sentidos, suspendida de mí, evoqué las

palabras: alfa y omega, en ese momento me perdí en un sueño donde el artificio de la mente te impone a la realidad de la muerte.
El sueño te incita a deambular por lagos ocultos y cavernas insondables. Y ahí, *perdida avancé a no sé dónde* y continué andante a lo inexorable en donde te encuentras aún más real que en la tragedia misma. La muerte del sueño te seduce a la necesidad humana de imaginar la vida en la piel del otro, la piel de mi cuerpo, la incrustación de mis ojos sobre la infamante virilidad de un rostro, y unos labios de artificio se desdicen de agonía, simulacro del deseo. Unas manos en demasía sobre mis senos divagaron sobre la aviesa necesidad del instinto. Un fardo entre mis manos, la censura de mis sentidos. Unos muslos infames a mis principios. Unos labios encarnándose a mi lengua. Un murmuro como un lamento en la profunda e inasible veneración del sexo. Sentí de una mano la fuerza del oriente rasgándome la frágil vestidura hiriendo la sensibilidad de mi carne.
Una penetración como cuando el veloz albatros se introduce ante el gemido abrupto e incesante de la marea. Una agitación en demasía de los sentidos proclamó en mi cuerpo una demencia abstracta y púber que deseaba una liberación corrupta y obscena de mis instintos.



*Dibujo a técnica mixta de Beatriz Gonzáles Aguilar.*

# PARIS

## La Maja Francesa

Me encontraba en *Montmartre,* en *la place du Tertre*, donde el arte de los pintores y artistas seducen a los ojos del griego *Apeles* ante la siniestra mano de la *Lacroix.*
Me detuve ante un lienzo que mostraba el inicio de un boceto al óleo de una mujer viviente quizá en su memoria. Una posible amante en el pasado del hombre barbado y peli rojo. Su mano hábil y siniestra esgrimía sobre la tela un color azul mortalmente herido como los mismos ojos de ésta la que escribe. Y bajo el manto gris de los cielos de Francia fundía en la profundidad del cuadro un color púrpura sangre sobre la piel de la amante, el artista avanzó en la solución del retrato que curiosamente semejaba a las líneas de mi propio rostro. Al darme cuenta de ello, me deslice frente a Él, a un lado del caballete. El pintor continuó matizando los colores sobre el lienzo sin darse cuenta de mi presencia. Accidentalmente recargué mi cuerpo a la endeble estructura que sostenía el cuadro y la pintura se movió bruscamente perturbando la mirada fija y constante del viejo Maestro. Entornó su mirada hacia mí mostrando su apariencia *cabria* de la campiña francesa. Sus ojos se incrustaron al azul Britania de los míos y presentí en la obscena mirada la desviación frontal del raciocinio: es la pérdida de él, del presente suyo, y el regreso a su pasado; origen absurdo del hombre: *La locura*. Él, sostuvo el caballete y sus pinceles y los llevó bajo al brazo. En silencio me sostuvo con la diestra y me llevó de su mano. Nos dirigimos a un pequeño estudio que se encontraba cercano a la plaza. Al entrar y sin pronunciar palabra de inmediato me desprendí de mi atuendo quedando en un ajuar de seda transparente. Me poseí en la *Maja goyesca* sobre el viejo sofá azul y oro. Él, extrajo un nuevo lienzo y lo acomodó lentamente sobre el caballete y en

posición horizontal esbozó con premura las líneas suaves de mi cuerpo dibujando las sombras breves de mi piel. Buscó a lo largo los perfiles inestables de mi figuración femenina encontrando la maldiciente tentación que pende sobre mis senos como dos soles fulgiendo en el ocaso al atardecer. Lentamente me despojé de las medias negras de virgen seda que fueron prisión de mis piernas. La noche cubrió de sombras mi cuerpo. La contemplación abstracta de los hombres sobre la hembra, la obscena mirada del arte y sus ojos encarnándose en sangre sobre la obscenidad desnuda de mi perfil a tres cuartos. El deseo y la permanencia eterna sobre el lienzo es el ego que se perpetúa ante los ojos del artista.

Yo, umbral y lumbrera,
estampa seductora del infierno,
a ti yo te nombro ante este cuadro
galante vanidad,
artificio, imaginación y muerte.
Lascivia empotrada
en las galeras de un museo.

# GIBRALTAR
## El largo faro del Ingles andaluz

El oleaje revuelto del mar mediterráneo y sus vientos acariciantes de dos continentes a mi rostro insinuaban un atardecer de cielo azul agresivo, intenso y magnifico donde un púrpura violentado permanecía sobre el horizonte.
La barca se dirigió y se detuvo frente al faro de Gibraltar. Me arrojé a las frías aguas y la marea me arrastró hacia la orilla, erguí mi cuerpo y me despojé de las breves prendas que me aprisionaban. Miré como se levantaba ante mis ojos el gran faro de occidente semejando la vanidad de la tierra emergiendo como un sauce desde su raíz hasta la fronda de sus ramas. Caminé hasta el borde de su estatuaria encontrándome a las puertas de su garganta. La silente vastedad del viento y su hervor a sal a mi lengua adormecían lentamente mis instintos. Penetré a sus adentros y subí la interminable escalinata de piedra abrupta y cincelada por el arte y la diestra mano andaluza. Desde su cúpula observé a través de los cristales una luz tenue surcando los mares desde los altos de la tierra. Había en el aire un aroma a bálsamo y lirio humedeciendo hasta mis labios como queriendo mi lengua alimentarse de exiguas medusas de mar. En ésta única visión matizada de sombras de la tarde, se erguía frente a mí un hombre de espaldas, que yo supuse advirtió mi presencia fortuita desde la salida del mar hasta la llegada al gran faro por culpa de la exaltada insinuación de mis senos. Los muslos fuertes de su silueta se dibujaban señalando la textura y fronda y media luna de su cuerpo. Su espalda semejaba el triángulo en la codicia de sí mismo esperando ansioso la caricia de una mujer bajo el sol muriente que penetraba por las rendijas de las losas que sostienen el faro de piedra. Caminé hacia él, y estando tras de su cuerpo el aroma se transformó a un sudor y tabaco

hachís. Inclinándome sobre su hombro rasgué acariciando con mi boca el lino blanco y húmedo de su vestimenta de marino. El hombre arqueó su cuerpo y de su voz brotó una suave queja de placer, volvió su rostro hacia mí y detuvo sus ojos sobre mis senos desnudos y briosos como el vaivén del galope de las olas del mar. Ató sus brazos a mi cintura y me restregó su áspera humedad. Agredió mis labios con los suyos dejando un dejo de tabaco virgen y amargo como raíz de mandrágora. Apresó mi dorso con sus manos y frotó sin cesar su rostro entre mis senos. El hombre obcecado de sí, me levantó entre sus brazos y me llevó hacía el quicio del ventana.

Allí, ágil incliné mi cuerpo mirando el vasto horizonte. Hundiéndose luego despiadado el largo faro tallándose con la diestra mano orfebre del gran moro andaluz de la antigua España conquistada.



# BRUJAS

## La mujer presa en un cuadro

Un día nublado embellece aún más el paisaje, se vislumbran los colores grisáceos bajo una luz azulada resaltando el sosiego de los canales de Brujas. El sonido de las campanas de la basílica semeja el sepulto cantar de un ángel en toda su inmensidad. Entré a mi hotel que se encontraba frente al campanario, y cruzando el antiguo portón llegué a un amplio pasillo. Abrí la puerta de mi habitación dejando mi leve equipaje sobre la butaca interior de un armario. De pronto miré al fondo un retrato pintado al óleo de una mujer a mí semejanza. Su mirada ostentaba una infamante y extraña tortura en el azul de sus ojos como queriendo salir del cuadro y confesar un secreto sepultado por los años. Su efigie delineaba su cabello desbastado hasta el límite haciendo deducir más el emblema de su rostro. El delirio de su boca seducía una levedad sublime y erótica al amado. Mostraba una breve sinuosidad en la comisura izquierda de sus labios denotando una fementida y ansiosa felicidad inacabada. Sus senos al descubierto se mostraban como cóncavas lunas de plenilunio acosadas al bisel de la mano de un orfebre al tallar un cristal de Murano.
Es una mujer encarcelada en un lienzo y abandonada en la tragedia pintada por un viejo maestro de Flandes imaginando la muerte de su amante. Al postrarme sobre la cama posé con mi dedo índice sobre la cabecera la complejidad del relieve de una gárgola medieval. Así mi tacto se curvó preso de su fiero rostro hallándose dentro de su hocico sintiendo una aparente confusión trasformando mi pensamiento, el mito europeo y animal de las gárgolas como si fuera la realidad inusitada de la apariencia y semejanza de un ser humano. La leyenda de los íncubos que todas las mujeres temen en el viejo continente. Cerré los ojos y el

cansancio venció mis pensamientos de inmortalidad ofreciendo un vértigo a sus deseos latentes. Caí en un sueño profundo, trágico y verdadero donde un hombre hizo de mí con su extremada fuerza inmortal una cárcel de mi cuerpo. Sus ojos emitían una luz diáfana penetrando mis ojos haciéndome posesa a sus deseos presos de eternidad. Sus manos libres y ásperas sometieron a mis senos sintiéndome seducida ante la barbarie más oscura de los sentidos. Me besó la boca, sus labios como la porcelana fría pero delirantemente obscena rasgaron súbitamente la corteza de mis labios haciéndome brotar una leve insinuación de sangre, y su lengua se humedeció del líquido vítreo.

Su voz murmuró injuriante: Eres de mí la servidumbre de la carne, eres presa de mí y de tu memoria, de la memoria de tu muerte, yo, el asesino, de tus amaneceres y amasiatos. La bestia labró en mí, hincándome con sus dientes el sello de su veneno en mis hombros. Talló con su mano la insinuación mórbida y soberbia de mi cuerpo. La imagen animal irguió sus alas espléndidas al aire liberando en mí la gravedad de su cuerpo. En ese instante de ingravidez arremetió sobre mi carne como un castigo de su venganza.

“Muere otra vez
en la constante sombra de los sueños
amada mía, como he muerto yo
tantas veces en los amaneceres
en el eterno retorno de los muertos.”

# MARBELLA, MALAGA

## El hombre barbado

El atardecer imploró la sangre deslavada. Un manto que el cielo contrastaba sobre el oleaje. La noche invadía arrogante la tenue luz que hacía lucir aún más las embarcaciones sobre la margen de la mar en Marbella.
Me encontraba recostada sobre un camastro frente a la piscina del yate y aún lado mío un hombre barbado y de cabello blanco languidecía la vanidad de su mirada en la curva dorsal y éxtasis en el fondo del horizonte. Lucía una braga negra de baño haciendo resaltar aún más los relieves entre sus muslos que lo vislumbraba como una escultura hierática de la antigua edad griega. De pronto acerco su rostro murmurando a mi oído palabras en árabe confusas que junto al canto del vaivén del oleaje sobre el filo de la proa enmudecían. Sus ojos claros evasivos armonizaban con el bronce acerado de su piel. Su boca exhibía unos labios encarnados en púrpura deshonestos, su rostro evidenciaba el perfil del potro griego del David de Miguel Ángel, se puso de pie y camino hacia la proa recargando sus brazos sobre la húmeda madera de un costado del barco. La fuerza de su espalda parecía aumentar la rigidez del buque. Se volvió hacía mí mostrando un rostro característico de los hombres del mediterráneo. Me levanté y me dirigí hacía el lado opuesto y aún más osscuro, a unos pasos de él, quitándome simultáneamente el breve paño de hilo que cubría entre mis piernas, el hombre me siguió discreto a breve distancia. Me recargué sobre la baranda mirando las sombras voraces del

cielo y escuchando los gemidos insaciables de la mar. Inste a curvar la arquitectura de mi cuerpo simulando un ave emergiendo de sus alas. El hombre se acercó a mí, y yo sin volver mis ojos dejé la mirada en esa perturbación lenta y pasivamente lujuriosa.

Recargó su rostro sobre mi espalda sosteniendo sus manos sobre mis senos al fiero vaivén de las aguas del Mediterráneo.



# ESTORIL, PORTUGAL

## Alexander el ruso

Caminando por las calles del barrio bajo de la ciudad antigua de Estoril en Portugal. Los aires frescos del verano humedecían la seda fría en la vestimenta de mi cuerpo recordándome el acostumbrado hálito tibio de un amante sobre las aureolas de mis senos. Me dirigí hacia el gran hotel donde se llevaba a cabo el torneo previo al campeonato mundial de ajedrez en el salón principal. Allí se encontraba frente a su tablero el ex campeón tratando de resolver una jugada posterior en el intrincado juego. Me acerqué a su mesa para observarlo, él volvió su mirada hacía mí, diciendo, -¿sabes *tocar* las piezas?- de inmediato tomé el alfil negro y lo llevé en dirección amenazante a su reina, el hombre advirtió una jugada delicada en su contra que volvía a ejercer el ataque a su reina blanca. Levantó su mano llamando al mesero y pidió una botella de oporto, bebimos juntos sin mencionar ninguna palabra. Nuestras miradas se comunicaron. Sus ojos verdes denotaban un ligero rubor de locura, su frente alta y abovedada ofrecía una ilusión de avidez y claridad negada a la mayoría de los hombres. Su cabello rubio hacía lucir un breve sol a media noche como fuego eternamente en incendio. Su boca breve mostraba una mudez casta e incierta que emitía apenas palabras sin mover los labios. Pronto nos dirigimos hacía su habitación. Yo, me recosté al abrigo del sofá cruzando mis piernas y dejando libre mis muslos ante la apertura de mi vestido negro, él se acercó y me estrujó de los hombros provocándome los labios con mordiscos constantes aromados de tabaco agreste y oscuro. En el momento más álgido y carnal un mozo gentil llamó a la puerta y en esa distracción pude extraer de mi bolso un lápiz labial color carmín envenenado. Ungí mis labios del cianuro esperando que la substancia dejara la última bocanada de aliento

sobre el ajedrecista. Volvió desesperado hacía mí y yo detuve su brío con la palma de mi mano sobre su rostro para luego ofrendarle el bisel de mis labios con el sagrado sabor de la muerte.
El hombre fue poco a poco desvaneciéndose de su cuerpo, sus ojos quietos de mar se volvían turbios como ríos caudalosos. En ese instante su boca se transformó en una leve sonrisa de satisfacción inacabada. Se recostó a lo largo del sofá perdiéndose en su inexorable destino y eterno sueño de los muertos.
Tomé mi bolso y escapé a mi propia libertad.





# FUEGO EN LA PIEL

Lienzo tejido
sobre la luz hiriente de la luna
luz urdida ante la noche,
desmesura entre mis senos,
fósforo en la piel,
deseando lubricidad y
despojo a mi lascivia.

# VIENA

## La debutante

Me dirigí hacia el teatro del Pueblo en Viena donde se me invitó a integrarme al grupo de bailarines de la nueva obra. Entré al camerino a cambiar mi ropa de día para disfrazarme de Salomé cubriendo mi cuerpo de velos de seda transparente. Caminé hacía el centro del foro, y el Director indicó a la pequeña orquesta iniciara la música embriagadamente estridente de *Strauss*. Recorrí con mis pies el espacio dibujando con signos alegóricos el aire. Una luz blanca frontal seguía mis movimientos creando una enorme sombra a mis espaldas imitando esa levedad del baile nocturno labrando uno a uno los detalles de mi efigie. La sinuosidad de mis piernas irrumpió en demasía más allá de la música que dirigía el Director Alemán. En el calor del baile, caí en esa demencia temporal en donde el ser humano entrega sus principios a los incomprendidos arrebatos carnales nacidos en los recuerdos oscuros y primordiales del origen de la danza femenina. Me desprendí de la única y larga túnica transparente que cubría mi cuerpo. En el momento más álgido de la orquesta di un salto al frente levantando los brazos mostrando la espléndida y larga desnudez de mi piel semejando las alas de los albatros sobre la agitación de los mares. Mis senos erguían como dos medias lunas detenidas en la suave hipnosis compleja del espectador. Avancé y ofrecí una media vuelta mostrando a contraluz la masa opresa bajo la cintura de mi carne. Regresé al centro del foro formando una figura de la mujer ideal del renacimiento.

El público en su expectación guardó silencio. En ese momento mudo y musical, el arte se manifestó entre el ritmo, mi cuerpo y el éxtasis en espera de la extravagante vanidad y artificio perturbador de los orígenes de la danza.

# MUNICH, ALEMANIA

## Un hombre desnudo en el rio

En las ruinas de un palacete frente a un portón abierto y debajo de un cobertizo se encontraba un corcel blanco.
Me dirigí sigilosa hacia la bestia, le acaricié el rostro y mi mano fue deslizándose hacía su largo cuello hasta llegar a las alas extendidas de su montura natural.
En ese momento un frenesí nacido de la memoria devotamente ancestral me incitó a despojarme de los atributos de mi vestimenta. Me agarré fuertemente a la crin, me impulsé, y de un gran salto me posee del animal para después guiarlo a mi antojo.
Cabalgué a pelo con esa sensación que deja el serpenteo lúbrico de su vigoroso lomo al son del galope. Había entre la visión del bosque contrastes e imágenes que nacían del capricho de mi cuerpo contra la ansiedad del vértigo entre el paisaje solariego. Y como las aves ebrias surcando el cielo mis senos incesantes emergían sudorosos al vaivén de la bestia. Llegué a un pequeño riachuelo de agua transparente, el corcel bebió la frescura del líquido dejándome ver el breve y claro horizonte, y más allá, al otro lado observé a un hombre desnudo a la margen del río arrancándose un turbante de lino blanco.
El entrecano de su cabello ensortijado armonizaba con la briosa estampa de su cuerpo. Sus árabes ojos se hundían ante la superficial expectación y dureza de su rostro. Su boca breve lapidaba de un silencio insinuante. Acaso un murmuro inasible desde su boca de oriente. Su torso semejaba como una gruesa raíz de un tallo apenas naciente del fango. Crucé la pierna violentamente y a impulso desde el caballo de un salto bajé de la bestia y me arrojé al fondo del agua emergiendo después insinuante ante la mirada sorpresiva del hombre. Sus grandes ojos

permanecían fijos sobre la erección de mis senos. Su rostro se tornó en la expresión originaria, extraña y magnífica. Se acercó a mí y arrebató de mis labios una caricia para luego hacerme opresa de su boca. Me fundió entre sus brazos como deseando en esa unión encontrar los venerables tormentos de la carne. La soportable brisa del verano estremeció en mí un incesante sudor frío y aromado por la embriaguez y mortandad reciente de las flores en su naturaleza.
Es la memoria que se hace evidente ante el deseo carnal e inevitable de la barbarie humana que constantemente nos habita.

.

# SOHO

## El Espía, 1945

Con olor a polvo del pasado y sangrientas guerras, amanecí en un viejo hotel en Soho con mi hombre Ingles, él sobre la cama posaba sus ojos azules en la profundidad de la ventana emitiendo en su mirada un deslumbrante brillo a una incierta oculta profecía. Era algo como al mirarse así mismo a través de un espejo existiera la imagen de nuestra posible muerte. Su cuerpo expresaba una palidez briosa y a la vez enfermiza como la carne pincelada en los conocidos cuadros de Velázquez. Sus hombros se erguían constantemente hacía su cuello denotando una inquietud pasajera. Al detener yo la mirada a lo largo de su cuerpo, sus muslos continuaban incitándome a la agitación del sexo. Sus pies señalaban el sosiego y el descanso de un hombre con una vida aparentemente resuelta que a manera de triangulo armonizaban la breve carne y gracia de sus dedos, un movimiento gentil que seducía al acariciarlos. En ese momento sobrepuso sus labios sobre mí boca queriendo evitar las preguntas y murmurando me dijo: ésta será mi última confesión, el hombre cerró sus ojos y habló lentamente. “He burlado a mujeres tanto como las he amado y las he despreciado sepultándolas por siempre, hoy ante el manto de la noche he de partir.”

El hombre se levantó, sostuvo su camisa de seda blanca enganchando uno a uno la antigua botonadura marfil a través de los ojuelos para después encontrarse dentro de su traje negro. Cerró la puerta sin despedirse. De inmediato vestí mi ropa y fui prudentemente tras de sus pasos. Cruzó *Trafalgar Square*, para luego pasar frente No. 10 de *Downing Street*. Seguí su lento caminar observándolo de lejos, y al encontrarse frente a la Abadía de Westminster por unos instante se detuvo para mirar alrededor

por si alguien le seguía. Continuó sobre sus pasos entrando por el viejo atrio para encontrar su destino. Miré al hombre a lo lejos orando frente a una losa. Caminé sigilosamente sin que notara mi presencia. Cuando me encontré detrás de él escuché su último pregón religioso. Minutos después percibió mi presencia a su espalda.

Volvió sus ojos discretamente a mis ojos por un momento y regresó a su rezo ante la tumba.

Empuñé la breve y suave daga escondida entre mis muslos y la aguda punta de oro perfecciono la fuerza y dirección de mi mano. El acero atravesó la carne deseosa de su espalda arrastrándolo a su propio y efímero paraíso cayendo derrotado sobre el nombre labrado de la lápida de María Barnard.

# DURHAM

## Catacumbas del imperio

Al norte de Inglaterra donde se encuentran situadas las ruinas de un castillo frente al sol y a las orillas del rio *Tees*. Me dirigí al costado izquierdo hacía el occidente encontrándome frente a un pasadizo oculto por una piedra a manera de puerta corrediza señalado en un libro antiguo que contenía la descripción de un mapa de siglo *XII* para descifrar la búsqueda de un preciado cofre. Bajé 13 escalones de piedra bruta alumbrándome de una pequeña lámpara encendida de petróleo para luego ubicarme en un largo pasillo que al final mostraba las catacumbas donde posa el féretro sellado del primer rey gobernante, decorado éste con esculturas de bronce recubiertas en oro con temas de la mitología griega. Culminando la visión mortuoria su rostro esculpido en su último hálito de muerte. En la pared opuesta se encontraban los ataúdes de los descendientes de la familia real ataviados en metal argento completamente negros por el paso de los tiempos. Y en el último rincón posaba una caja de madera de ébano recientemente colocado al azar. Me acerqué y abrí la parte superior del apenas cerrado catafalco encontrándome con la faz de un hombre sereno. Sus labios breves de un azul desgastado pero lívido enunciaban el veneno de su boca. Mis dedos acariciaron lentamente su tibio rostro, el cuerpo lucía un traje a la usanza inglesa. Sobre su pecho se asomaba un pequeño pergamino anudado en cinta de seda roja que contenía en derramándose en tinta negra un escrito:

“Desde la tumba
murmuran las mujeres
sin gloria, ni comedia
no existe epitafio

que arrase con la muerte,
la roja y oscura tinta
con la que yo te nombro"

¿Quién lo habrá escrito? En silencio me pregunté. Y regresé el escrito de donde lo había extraído. Medité sobre la efímera muerte un desasosiego imposible ante la brevedad de la vida. Es una vastedad del imperio de las sombras sobre los ojos de los amantes. Es la avidez sutil ensordeciendo los oídos de los que callan. Instantes después escuché unos pasos, ligeros y apagados como el taconeo débil de una mujer bajando los escalones. Apagué la lámpara y sigilosa dejé el ataúd tal como estaba para esconderme entre la oscuridad en espera de lo que pudiera acontecer.
Era una dama con una vela de cera en la mano, vestida de negro y un curioso sombrero con mantilla tratando de ocultar su rostro.
De pronto recargó su cuerpo sobre la madera de ébano del féretro donde languidecía al peso desde su bien torneada pierna izquierda, mientras la otra permanecía apenas ingrávida haciendo levantar los dos túmulos ávidos de carne en un ágil artificio al final de su espalda que hacían lucir en la oscuridad a semejanza de un trazo complejo y erótico al carbón de la mano siniestra de Goya. Ella, Inclinó su rostro hacía el cuerpo amado en un intento de ofrendar un beso y acompañarlo al más allá.
La mujer *entrecerró* silenciosamente el catafalco para dejarlo como lo había encontrado posó la mirada por la gran catacumba y retorno a sus propios pasos. Momentos después prendí la lámpara y seguí las instrucciones señaladas en el mapa que me había traído hasta aquí. Caminé hacía otro pasillo y a la mitad del mismo golpeé debajo de mis pies una roca suelta cortada a manera de losa hueca en el piso. Me incliné y la hice a un lado encontrando una pequeña caja de cobre antiguo, regresé a donde se encontraban las catacumbas y la coloqué sobre el mismo cadáver vestido de negro. Abrí el cofre y estaba allí una pequeña daga con empuñadura de

marfil y con filo de plata herrumbrosa por el tiempo envuelta en un paño viejo que aún conservaba un poco del brillo del tiente azul original.
Inscripto estaba a lo largo del cofre e un verso en letra cursiva.

*“Es la daga con la que matarás”*

Me sentí sorprendida y volví mis pasos hacia atrás entre la oscuridad.
Y en ese preciso momento en las sombras de la catacumba, una mano quiso arrebatarme la daga para intentar hundirla en mi cuello. Sostuve sus manos fuertemente en la penumbra hasta lograr que la punta de plata penetrara uno de sus senos. Le solté los brazos y solo se escuchó el vago silencio inasible de la muerte, y en el mismo silencio La inesperada y lasciva satisfacción.
Extraje la daga de la suave carne de la redondez de su cuerpo, y en su empuñadura leí labrado el nombre de:
“María Barnard.”

# MÓNACO

## El crupier

En Mónaco, en el Casino de un gran hotel me dirigí a la mesa principal donde se localizaba la gran ruleta. El *crupier* dio la voz a los apostadores para dar inicio.
La giró a su pretendido azar apostando yo, al No. 13 rojo. Sintiendo una sensación extraña y placentera fuera de este mundo murmurando a mí oído constantemente una frase cabalística:
"Un número que sumados da el par es el mismo. El 13 es el doble del par independiente y número complementario de la unidad."
La ruleta giró violentamente durante 13 eternos e inconmensurables segundos donde el giro induce a una expectación e hipnosis general. Es la mirada ciega de una absurda ilusión que el hombre acepta como verdadera que proviene de una esperanza que posiblemente será fallida como cuando se apuesta a un delirio vagamente amoroso. Donde lo único cierto será ganar o perder. Gané y recibí el alto premio de las fichas. Volví apostar por el mismo 13, cayendo la pequeña esfera de acero en el mismo lugar. Los ojos de los jugadores cayeron sobre mí, y sus propias fichas al mismo número con el que yo apostaba. Una mirada sostenida en ojeras azul de los ojos durmientes del crupier se completaban ante mí, junto con la serena abundancia de su cabello entrelazado en la vanidad de sí mismo. Un rostro desvanecido como el mismo ángel adolescente y único pintado por Da Vinci en el cuadro de su maestro Andrea del Verrocchio. Su traje negro caía suave y delicado haciendo lucir aún más la línea estatuaria de su cuerpo. Sus manos semejaban la ingenua seducción del marfil como un deseo inalcanzable del dorso de su mano acariciándome sin cesar los senos, yo contemplaba la joven liviandad del crupier, hasta que un hombre de tras de mí musitó a mi oído:

“El número 23 negro”

Sentí el hálito y fuego de su aliento aromado en el ajenjo de su voz. Volví mi ojos hacía Él y miré un rostro detenido en su propia barbarie. Un retrato lejano e irracional por lo mismo, extraño y atractivo, y continuó diciéndome:

“Mi nombre es Joseph y he venido a evitar
tu derrota en el juego.”

Aposté al número 23 negro como me lo sugirió el hombre aromado de ajenjo, observé en sus ojos el brillo inasible de la cábala y el azar. Gané de nuevo a la ruleta y doblé la apuesta. Agradecí con una mirada la admonición de su palabra. Volvió Joseph nuevamente hacía mí y acercó sus labios a mi oído para invitarme a un reservado. Me sostuve de su brazo y nos encaminamos hacia el salón íntimo donde se encontraba un piano negro de cola. De inmediato le solicité al viejo concertista nos deleitara con la melodía de *Lara Fabián: “yo te amo”* En medio del salón alargó su brazo izquierdo ciñendo mi cintura y a la tensión de su mano, sus dedos temblequeaban al unísono la melodía entre mi carne. Su mano diestra se deslizaba lentamente al compás entre la comisura de seda entre la lontana de mis senos, el dibujo de su rostro se agudizó aún más como la de un fauno de los antiguos mitos en esa extraña actitud aberrante simulando una visión que ofrenda su lujuria. Me incliné a su mandato sugiriendo ligereza en mis labios a los suyos aromados de ajenjo. Una ajenjo.
Una efímera sugerencia del sexo y su demasía. Me despedí para volvernos a ver a media noche.
Regresé a mi habitación y a mitad del camino me encontré con el crupier. Ese joven centauro de la ruleta del Casino, y acercándose a mí me dijo:

“El casino le premia a usted con 500
fichas para continuar con su amable presencia.”

Dio media vuelta con ese caminar distraído e imperioso donde sus muslos al andar demostraban la fuerza de su sexo. Entré en mi habitación y me dirigí al bar para servirme un *oporto*, y mirándome frente a un gran espejo enmarcado en madera de ébano desanudé la ligera prenda de seda dejando expuestos a la tenue gravedad mis senos. Torcí lentamente el dorso contemplando el reflejo de la carne satinada ante el cristal. El volumen de la media luna hasta la mitad serena de mi cuerpo. El vidrio cincelado señalaba mi rostro como un nuevo reflejo imperial, pálido y ocre, saliente de la beta del marfil semejando el color y textura de mi faz lívida y esclava atada a los mundanos placeres de los hombres. En ese instante surgió en mí la sensación del cautiverio innato de mis sentidos. Me vestí y regresé al salón de juegos ocupando el mismo lugar de la vez anterior. Aposté todo y además las fichas que me obsequiaron en un solo número, el 13 negro. Giró la ruleta velozmente, el Crupier posaba sus ojos no a la ruleta sino a lo largo del ajustado vestido que como una segunda piel aprisionaba la sierpe libidinosa de mi cuerpo. En ese momento perdí a causa de otro número simple, no cabalístico.
El *crupier* estiró su brazo arrancándome tímidamente con el poder de su larga vara de madera el valor plástico de las fichas del Casino. Irguiéndose, él aún más y acercándose en demasía para respirar el aroma extraño a opio de mi piel. Me retiré de la mesa y me dirigí hacia el salón de baile para celebrar la cita acordada con Joseph. Él, me esperaba con una botella de vino sobre la mesa. Nos dirigimos hacia el piano solitario y posó sus dedos sobre las teclas tocando suavemente " Para Elisa de Beethoven” Sus manos digitaban presurosas a la sucesión y clímax de la notas extremas de sus dedos. De un salto monté sobre el piano mostrando la dispersión y avidez de mis muslos ante sus ojos obscenos.

Él alargó su mano apropiándose de la lujuria de mi pierna extendida que se posaba sobre su hombro y mientras mi boca se apoderaba de sus labios lentamente mordió el arco bisel de mi pie sintiendo yo, el abandono de la virtud femenina contra su aberrante codicia.
Arrancó la seda negra que me cubría las piernas buscando insaciable la carne que lleva el camino insondable de los muslos.



# TRIESTE, ITALIA

## El cadáver inmortal

Las filosas piedras del arrecife hacían lucir aún más la grandeza del palacio como un gran nido de águila robándole los cimientos al mar Adriático. Escalé las rocas y cruce un pequeño cementerio hasta llegar a un viejo pozo sin agua tal como lo había leído en un antiguo escrito. Sostuve la cuerda firmemente y bajé sigilosa hasta el fondo. Encendí una pequeña vela para guiarme por un largo pasillo. Al final del camino se erguía la solemne majestad del sepulcro, busqué entre los catafalcos confundidos entre sí y detenidamente acaricié el filo de cada esquina hasta encontrar las letras labradas con el nombre de MARÍA BARNARD. Lo abrí y encontré un cadáver supuestamente momificado. Su cuerpo se alargaba a la consistencia de su carne. Sus brazos y piernas permanecían cruzados entre sí, su rostro aún permanecía inerte vagando en un sopor vítreo que como una rosa petrificada anunciaba *loor* a la eternidad. Su carne pálida y suave mantenía los rigores de su presencia lívida. Su boca apenas entreabierta simulaba la última vocal pronunciada al borde de sus labios que como el último dictamen de su muerte hacían cumplir su profecía. De sus ojos abiertos sobresalían empotrados dos esmeraldas de transparencia mórbida encajados en el despojo y artificio de su vanidad femenina. Extraje de sus cuencas los enormes cristales y al mirarlos por debajo en uno de ellos en su claridad turbia, se podía leer a contraluz de la vela una inscripción donde se leía una frase inacabada:

“Ruega a los muertos que aún están vivos”

Medité por unos instantes tratando de escapar del designio de la frase leída que me persigue hasta ahora con su espíritu maldiciente que en altas horas de la noche me señala.
Me detuve nuevamente a contemplar el rostro del cadáver muy a semejanza mía como queriendo yo reflejarme en ella. Traspasé mis ojos a las cuencas de sus ojos deseando ver el brillo naciente en los suyos. Le otorgué mis labios a su boca, ansiosa de oír pronunciar su nombre. Y se escuchó un leve quejido y su voz murmuró confuso y apenas audible:

"Soy María".

Sostuve su mano, y la encontré cálida. Sentí sus latidos muy leves y la descubrí viva. Me despojé de un anillo de esmeraldas y lo coloqué entre sus manos. Cerré el féretro y abandoné el lugar.

# LONDRES

## William Shakespeare. Teatro el Globo

Dio inicio la obra de teatro de William Shakespeare, el famoso monólogo. *Hamlet*, el actor apareció en escena. Mi mente se transportó hacia un éxtasis de inusitada locura al pasado. Londres con ese aire de sus cielos siempre enmascarados de niebla y sus vientos húmedos del norte penetrando impactados con el gesto *hierático* y arrogante de sus habitantes. Me concentré en las confusas y graves frases suplicantes del actor hablando de sí mismo de quitarse el *fardo* de su existencia que le consume cada noche o en la defensa de su vida contra el asesino que se la arrebata. En ese momento miré fijo bajo sus ojos la imagen equívoca del Bardo de Inglaterra. Sentí un ligero desvanecimiento que lentamente transcurrió como una pausa en mí realidad, y un suave adormecimiento vigilante como una hipnosis incesante pero cautiva.

-Ofelia – escuché desde el proscenio a mi oído en mi demencia temporal, una voz a lo lejos suave que murmuraba vibrante, un seseo imperceptible y confuso que la tragedia impone a sus ilusos redentores.

"¿Dime cuál ha sido el riesgo humano más atrevido?"

"Segar con la daga la sangre
que como veneno en un instante
deja en la propia mano, o dejar el templado
acero en la infame carne del traidor
que ostenta la maldición de la muerte."

“Dime tú, oh dios, si el andar vano
sobre este mundo mi pie desnudo
pisa la lápida al ras de este
miserable suelo,
si acaso, el cerrar de mi puño la daga
penetrando el corazón del amante,
el festejo de su agonía.”

-Sí, él es Shakespeare, su mirada ostenta la vanidad del mundo sostenida por la discreta ascensión de sus alas tras sus cabellos, un rostro inserto en la paradoja universal ante la pobreza moral de los hombres. El gesto de sus manos de *Shakespeare* cortaba el aire como las aves lo hacen al surcar el cielo y el sumo artificio de su cuerpo insinuante, la lenta simulación de su silueta en la armonía de su cuerpo. La luz jadeaba impertinente hasta hacerse un sol a media noche en el proscenio.

*Ofelia* entró a escena. Su mirada revelaba la saciedad transcurrida de los días venideros. El gris azul de sus ojos de transparencia al vidrio semejaban la tristeza de una virgen de la liturgia romana. La suave lisura de su frente armonizaba con el lúcido ajuar de su cabello. Sus labios de púrpura y sangre seducían a los hombres que contemplando estaban frente a la escena de su llegada.

En lo más álgido de mi demencia desperté a una realidad insoportable. Cierto es ahora la negación del teatro actual como la mujer y su imagen tórrida pero verdadera de su pasado ante la actual expresión de los actores presentes en el teatro Isabelino de nuestros tiempos.

El gran teatro es la dosis que en demasía sugiere al espectador que agraviando sus sentidos afectan su realidad para encontrarse lejano pero cierto de vanidades en este mundo.

# FRANCIA

## El guía del de los muertos

Mirando detalladamente hacia a una habitación de un viejo palacete escondido bajo las sombras de la campiña francesa me encontraba frente a un gran espejo enmarcado en hoja de oro, reflejaba en mí el vestido de seda y terciopelo rubí adornado con encajes de hilo de plata. Y a mi lado siniestro, un gobelino a la altura de mis ojos bordado y tejido por manos extranjeras se dibujaba en emblemas cabalísticos que denotaban figuraciones divinas de acuerdo a la ley oriental. Me dirigí hacía un mueble de madera y escribí un mensaje sobre el ocre de un viejo papiro que se encontraba dentro un antiguo libro.

“Bajo el ulular de la noche
elocuente al prólogo de los muertos
percibo tu mirada
épica y rozagante al batallar del mundo”

De pronto apareció un hombre como nacido de la invocación desde la puerta, vestido de negro con los ojos cerrados y un rostro perteneciente a los que de la tumba por alguien regresan y simulando en un abrir de sus labios, pronunció:
"He venido a ti, y estarás junto conmigo en el inexorable mundo y vastedad del cementerio”

Se sostuvo de mi mano, y la áspera piel de sus dedos generó una sensación perturbadora como la opresión de una soga que atrapa y rinde a los desesperados. Bajamos las escaleras y nos dirigimos a los jardines del palacete donde se encontraban los sepulcros. Una zanja abierta a manera de tumba nos esperaba. Entramos lentamente

hacía los abismos de la tierra donde el tiempo es un instante de la eternidad. Nos encontramos en la ciudad de los muertos alumbrada por la bravura de las antorchas donde siluetas parecidas a sombras humanas esperaban saber de mí por la cercanía de la luz que mi espíritu en ellas reflejaba. Se presentó ante nosotros un manto osscuro haciéndose forma y pude contemplar en sus ojos un brillo que sin cesar se convertía en un breve relámpago constante. Percibí en el aroma de su sombra la semejanza al verde pasto cuando al segarlo sangra en el frescor del verano. Me habló la sombra:

“¿Cómo has de querer morir para vagar, tú, ante el largo sueño entre nosotros?”
Respondí:

“Ánima de mi sueño, con el deseo preciso e
insaciable de mi cuerpo mortal.”

Las sombras de los muertos nos guiaron hasta el fondo de un lago, el agua era tan suave que se podía respirar en su profundidad. Siempre habrá un umbral en la vasta estrechez de la noche. Y en ese instante vislumbré a un ser que brillando en la distancia alimentaba con sus manos el fuego interminable de la razón. Una escultura humana torciendo su cuerpo desnudo en la miserable seducción de los aviesos sentidos y un *lívido* sudor embriagó el pasado de mi memoria. La galante vanidad seductora de mi guía. Ese hombre de la áspera piel, vestido de negro que me trajo hasta aquí con su lengua parlante motivó el renacer de los muertos.
De pronto, vino a nosotros, una sombra de mujer delineada por la mano oscura del pintor *Caravaggio* a semejanza mía en la expresión y ligereza de su rostro junto a la levedad de mi silueta. Con voz grave mencionó palabras obscenas a mi oído:

"Tu voz que braga sucias tentaciones a los
hombres sobre la tierra. Dime la razón, tú,
porque si yo fui, si soy muerta yo, una de
las mujeres, la portadora fiel de la lujuria
que en derramándose siempre mis
senos el hambre
y su carne ofrendándose a los hombres"

"¿Dime por qué estás tú aquí viva, y yo
aquí muerta en este mismo lugar y con
nuestra propia lengua sin estar labrada la
lápida final de nuestra vida?"

Cuando yo, quise responder, mi guía posó la osamenta de su mano para callar mis labios. Y él le hablo a la mujer diciendo estas palabras:

"Tú estarás aquí y vagarás eterna entre la
lujuria contra los escombros de tu propia
carne que constante te lacera. Es tu paraíso
insondable de las almas que ebrias
de lascivia se consumen en la memoria de
los hombres y de los tiempos."

Medité yo, ¿es éste el desmesurado artificio de la verdad, es una puerta de la noche plagada de razones y hondos presagios desleales entre los sueños vigilantes de los muertos?

"La muerte es la desbandada de los
instintos huyendo hacia los cofines de
nosotros mismos que ávidos de sabernos
muertos estamos vivos como
estando vivos nos soñamos muertos."

# VENECIA

## El aire gélido sobre mis senos

Máscaras en abriles mortuorias coronan los gobelinos el tiempo en la piel de dos góndolas muertas en el gran canal de Venecia.
A los pies del campanario la gran plaza de San Marcos y es el arte bizantino el que decora la cúpula de la basílica.
De las calles de agua emergen palacios y es el Ducal que con su extravagancia muestra en relieves las siluetas de Adán y Eva, y dentro del palacete en contraste el color en sus murales con los antiguos frescos de *Tintoretto*.
Vívido en mí está el recuerdo del antiguo puente, camino lastimoso de los presos hacia el cadalso de la muerte. Y allí, una voz irrumpe el silencio del paisaje. Unos ojos zarcos que alargan el breve tiempo de la noche, serenos como la margen sutil de la mar iluminaban un rostro con piel marfilada invitando al deseo de mirar sus labios dibujados en el color de su sangre recordándome con el sortilegio de su cabello, el mito del Narciso.
Una voz ávida de sed me preguntó:

"¿Cómo te llamas?"

"Yo soy la Andaluza, me llamo María"
y él respondió:

"yo soy Andrea, el Veneciano"

Detenidamente me observó a los ojos que en esa noche radiaban de un azul plumbago como un luciente cielo.
En un instante, Andrea me sostuvo de la mano para luego llevarme por la solitarias callejuelas aromadas de bálsamo y musgo *pudriente* en la antigüedad de los tiempos.

Nos detuvimos en un rincón oscuro ante las sombras absolutas de la noche ocultándonos de las miradas obscenas de tras de las ventanas del viejo barrio.
Él, apresurado me rasgó la seda del lienzo que sostenía la perturbada erección de mis senos. Reflejaría en sus ojos aquellos los primeros bocetos del *Tintoretto*. Andrea dibujó con el dedo índice el suave perfil de mi aureola, luego de su caricia su boca originó una leve mordedura en la transparencia de la úvula.
El hombre, de súbito penetró su rostro entre mis senos y alargó violentamente su mano sobre mi dorso biselando con la ansiedad de sus dedos mi carne. El aire gélido de Venecia cubrió mi piel desnuda e inmoral recordándome esa antigua costumbre carnal de la vieja Roma.
El sudor mío se impregnó aún más al delicado sándalo humedecido de mi perfume transformándose en esa ansiada palabra llamada sexo. Andrea deslizó suave el índice de su mano a lo largo de mi garganta intuyendo en mí, la envergadura de entre sus muslos.

Sentí yo una danza lúbrica y primitiva:

“El hambre viril a mi cuerpo adormece la
falsa vanidad de las mujeres, tu mirada fija
de hombre en la textura ideal, el vaivén del
*cordax*, tu sexo incesante el paraíso
religioso
de la muerte.”

Andrea, con su falange solar encontró la suave pendiente de la terminación de mi espalda. Allí, al sentirme poseída por su mano por un instante quise huir pero ante su fuerza, mi entrega y liviandad decidí postrarme ante él. Hay hombres que cuando se angustian ejercen su furia sobre el cuerpo femenino. Yo permití sus deseos abyectos hasta que con sus manos fue labrando la abundancia de mi carne en la media luna que sostienen mis muslos.

En esos momentos *imaginó mi mente imágenes* de la traición de mi pasado donde me encontraba con un antiguo amante andaluz, y evitó con ello sentirme en ese momento vejada por esa libertad adúltera que me ofrecía *Andrea el Veneciano*. Deslizó sus manos desde la breve cintura hasta mis muslos y su fuerza hizo someterme a él. La languidez de mi dorso se desplegó arqueándose hasta que mi frente se iluminó de la luz de la luna sintiéndome como la mujer desfalleciente por las manos lúbricas de *Rodin* ejerciendo la caricia de la escultura perniciosa *del beso*. Su rostro ofrendo el deseo de su boca mordiéndome los hombros. Andrea volvió a embestir la sombra lábil que deja el dócil vértice de mis senos. Un aroma a sexo le embriagó los sentidos. Ese aroma de mar nacido al precipitarse en la roca, es a semejanza al *salobre* aroma de la piel en la lengua acariciante del amante. Luego, devoré en mis labios sedientos el fardo irguiéndose viril su álgida sangre de un italiano y una andaluza.

Y en esa confusión de cuerpos se simboliza la libertad del fulgor sobre las callejuelas de la vieja Venecia.

# *NOTTINGHAM*

## Lord Byron

Frente a la casona de Lord Byron. Me encontraba después de media noche esperando que alguien contestara a mi llamado. Un hombre entrecano, recio y alineado así mismo, abrió la puerta. Una auténtica estampa inglesa, lejana, arrogante y tradicional vislumbraba hacía mis ojos. La aguda punta de su perfil, y lo escaso de sus labios que con solo una línea denotaban insolentes la grave altivez característica que ha perdurado en la historia de de la Gran Bretaña. Fijó su mirada a mi rostro y luego se detuvo en la suave sombra que dejaba ver la carne oculta de mis senos.

"¿Qué desea me preguntó?"

Quiero aspirar el mismo aire que *inspiraba Lord Byron* al escribir sus poemas, el hombre abrió aún más la puerta para después descansar sus ojos a través de la profunda hendidura que cubría la apertura del breve vestido en la oscuridad de la noche. Sus ojos azules se revolvieron entre la seda fría y justa que mostraba el bisel de mis muslos y la carne de mis piernas, el hombre me cedió el paso y cerró tras de mí la puerta, y una tenue luz alumbró la casa. Crucé los jardines húmedos de roció y aromados de las espinas nacientes de la rosa. Subí las escaleras por el instinto de encontrar lo que podría ocurrir en algún momento. Entré a una alcoba y un retrato al óleo del poeta se hallaba empotrado en la pared del fondo como si el bardo gozara de sí mismo, la vanidad y apología de su perfil griego. Me senté sobre el tálamo antiguo labrado en madera con leones erguidos al acecho de su presa. En ese momento me di cuenta que era su alcoba. La amplia habitación estaba amueblada con un antiguo *chaise-Longue* acompañado de una pequeña mesa

olorosa a jungla negra del África conquistada. Y sobre ésta, un libro abierto con los primeros poemas de *Byron*, lo sostuve entre mis manos y me recosté.

“Camina suave como la tarde,
tu cielo será despejado
de la luz de la noche
y todo lo mejor de la oscuridad
ilumina la eterna mirada de tus ojos” *L.B.*

En ese momento un hombre vestido a la usanza de *Byron*, penetró a la alcoba.
Un traje de terciopelo púrpura incendiado en grecas zurcidas de hilo de oro ceñía su cuerpo. Al sortilegio de su cabellera le cubría una larga tela de seda estampada de colores a manera de serpiente. Su mirada como una daga mórbida como si penetrara mi piel. Sus labios húmedos tras de su lascivia, todo él viril y desprendido de valentía como si fuese la verdadera arquitectura de un matador enfrentando su última faena en el ruedo. Llegó a mí, poseso en su deseo, me levanté lentamente del aposento donde me encontraba. Alargó su brazo, me sostuvo del cabello, y pude ver en el gris de sus ojos una perturbada obsesión por esclavizar mis labios a los suyos y ser presa de su mano mi cintura, en ese instante, despojada de mí, la memoria se desbastó en los recuerdos de los amantes que hacen vívidos los momentos de toda mujer. Mordí brevemente la tibia carne de su labio inferior como un roer incesante la lujuria de los hombres. El beso, es principio y retorno de aquellos los que nacimos fuera del uno y del otro y que al final nuestros labios nos unen en un diálogo insolente. Restregó su entrepierna en la apertura de la seda de mi vestido que se entre abría a los rigores de su muslo y olvidé en ese momento el tósigo de la vanidad femenina que embriaga a mi muerte y el veneno de mis labios se derramó en su piel. Y murmuró a mi oído:

"Tu voz braga en el *hontanar* de mis senos
y el aroma rumor de la ávida
piel me entregas,
oh, la suave caricia penetrando la sed y
lascivia ardiendo los infiernos." *M.B.*



# SANTORINI

## La piedra de Prometeo

Caminé sobre la costa y alcé los ojos al occidente, fijando la vista a un enorme montículo de piedra volcánica que se erguía insolente ante la vigilancia constante del cielo. Me despojé de la vestimenta de seda blanca y transparenté que me cubría. Entré al mar y me dirigí al gigante pedrusco. Escalé la abrupta e informe masa evitando los filos salientes que han erosionado la amarga salubre del océano hasta el final de los tiempos. Ofrendé mi cuerpo desnudo y con los ojos al sol, y a espaldas de mí, el alma negra y anquilosada de la roca fresca. Extendí mis brazos para formar una cruz explicita. La piel de mis senos recibía el suave rocío del agua violentada y espuma de la marea. El espacio que deja bajo la cuenca de mi dorso albergaba vaporoso y tibio el aire como si fuese el fuego de la fuerte simiente y exhalación de un hombre sobre la roca. La media luna de mi espalda se estremecía al vaivén del estrépito fulgor del mar Egeo. Murmuré una plegaría a la diosa Artemisa:

“Oh tú, Artemisa,
la osada vertiente de tu boca
a mi ofrenda la cicatriz del tiempo,
abra la herida del pasado más allá
de la historia de los hombres,
has presente en mí
la condena y el castigo
de quien fue suplicio y sepulcro
de esta piedra.”

En ese momento sentí un desvanecer de mi cuerpo y un sueño y letargo como la fría obediencia de la hipnosis. Escuché luego una voz viril a lo lejos, no humana penetrando en mi memoria incitando

a confesar los secretos deleznables de la liviandad de mi cuerpo. Musité:

“Oh, etérea voz de la eternidad
proveniente del inframundo.
Mi carne es y será gustosa servidumbre,
deleite y prohibición a los miserables
deseos de los hombres.
Mi piel ha sido tributo de la inconstancia
y lujuria que como castigo de los dioses
sentenciaron a todos los infieles
de este mundo.
Mis senos alimentaron el hambre
y la gula sin límites. Y mis muslos,
lascivia a los labios de un hombre
que mortal fue siempre amado por mí.
Muriendo él, a causa de mi cuerpo
púber y desmesurado.”

En ese instante la voz de un espíritu se hizo carne en mi carne que se haría llamar Prometeo, murmuro a mi oído:

“Es el ahora y aquí,
pertenencia de tu cuerpo
en mí, el sacrificio temporal
de tu ser conmigo
y será tu carne la informe
levedad sustraída
a la mirada mía como una sombra
que vaga perdida entre mis ojos.”

Luego, la ingravidez de su ser divino se tornó en esa pesadez de la materia humana, naciente de la roca que abruma y oprime el

cuerpo femenino como cuando un amante satisface el vano y sacrílego delirio del deseo.
Acarició lento el sortilegio de mi cabello con la densa sombra de su mano como si la noche acariciase la tenue fronda de un sauce. Un estremecimiento dejó en mí, más allá de los sentidos donde el instinto gobierna la razón. Hizo de mí, cierva a su voluntad de artificio originario. Extrajo toda la obscenidad pura habitada en el cuerpo femenino como cuando un amante roba el aroma de una rosa al amanecer. Inmersa en mí ante su presencia, mi cuerpo núbil ascendió insinuante al azul del aire:

“Yo, María, venturosa de vanidad y
belleza, desterrada de mí y de mi carne,
ansiosa de pureza y virtud ofrendo mi
cuerpo a la insana voluntad de
Prometeo”

# CRETA
## El Minotauro

De Atenas Viaje hacia la isla de Creta, al palacio de Cnosos. Me introduje sin ser vista en el lugar donde se encuentra el laberinto de la antigua leyenda del Minotauro.
Sus altas paredes ocultan al instante el sentido de la aciaga orientación humana, en ellas la roca volcánica labrada de signos confusos y desgatados a la luz de la Luna ofrecían internarse sin el diálogo de la absurda voluntad. La curiosidad es un instinto que habita en la mujer en demasía y es la responsable de la inusitada alteración de la naturaleza del tiempo. El aire húmedo y frío estremeció mi piel al grado de excitarme la imaginación. Me adentré hasta el momento de sentirme perdida. Recargué mi cuerpo sobre un muro para volver en mí y continuar el camino. Caí rendida de cansancio, cerré los ojos y me quedé dormida. Un sueño vino a mí tan vivido y cierto como las caricias intangibles que dejan en la carne las insinuaciones de un amante. Seguí el laberinto que nos lleva a no sé dónde, aturdida volví mis ojos hacia ninguna parte. Alcé mi frente muy alto hacía la noche buscando el camino nombrado del cielo estelar. De pronto una sombra a semejanza de una masa informe avanzó lentamente sobre mí. El purpura de sus ojos incendiaban la oscuridad. Poco a poco percibí en su rostro animal un rasgo de humanidad que me contuvo a contemplarlo.
Aquel ser se detuvo al mirarme, curioso de mi presencia. Había en su expresión un arrepentimiento a su pasado asesino que volcaba frente a mí como ese sano principio de la bondad humana. Extendió su mano mostrando un acto de amistad, consternada acepté ofreciendo la mía dando un paso hacia la bestia. De inmediato, él se prosterno inclinándose lento hasta el suelo.
Desde allí vociferó ante mis pies:

“Eres ávida carne ansiosa de muerte
entre mis manos, pero hoy, en la
profundidad
de la noche y la vastedad del horizonte,
mátame tú, inasible ante la inefable
bondad de tu victoria”

Y yo respondí:

“Levántate oh, magnifica bestia viril nacida de los umbrales del odio. Te permito posar tu ojos a los míos, y ver entre las sombras la silueta de mi imagen inmersa en la suave densidad de la noche.”

Se irguió ante mí el *Minotauro* fijando su mirada en los suaves destellos que deja la luna sobre el dibujo obsceno de mi cuerpo. Mi piel, un aroma suave a su olfato como la brisa que la simiente dejan los aires alisios en el altamar. Su masa informe empalmo de súbito mi cuerpo al ultraje de su fausta animalidad. Sediento de mí, y a la fuerza de su envestida habitó en desmesura el erguido *phallus* entre mis muslos.

# EGIPTO

## Alibuca, el gran Eunuco

En el centro del gran salón los ojos de los eunucos posaban su vista en los senos erguidos y desnudos de las mujeres mientras yo me encontraba sentada sobre las alfombras en espera de que las esclavas del gran Jeque *Ahmed Barnaffu*, lo ungieran con aceites perfumados de olivo y lo enfundaran en sedas. Para luego yo, su favorita, lo deleitara con movimientos siderales que la luna habría de imponer durante la noche. Arrogante y desesperada me incorporé desde el ligero y difícil arte de mis piernas y asistí ante el rostro de *Alibuca*, el jefe de los Eunucos. Su cuerpo estatuario de bronce semejaba una columna *Frigia* y tierna de mármol negro. Principié la danza frente a sus ojos disputando el baile de mis senos a sus labios. Él presintió el deseo innato de la carne desde su virilidad amputada. Extendió su mano para dibujar mi aureola con la punta de su índice. Luego quiso cubrir en absoluto la dos medias lunas de mis senos. En un instante me hizo su presa ciñéndome con la tosquedad propia de un soldado. Quiso besarme entre mis senos y lo aparté de inmediato. Quiso besarme la boca y le hice sangrar sus labios. Se apartó de mí y continué danzando alrededor de su cuerpo.

Me despojé lentamente de la breve tela de seda que me cubrían los muslos ofrendando la largura de mi piel. El clavó su mirada en el vértice *genito* de mi entrepierna como queriendo prolongar el apéndice perdido de su cintura. Su mirada se despojaba lentamente hasta su lascivia desprendiendo la húmeda lujuria como la dureza del vidrio en su mirada. En la ingravidez felina escalé sobre el dorso de la torre de ébano del Eunuco provocando aún más el principio de sus deseos carnales. El hombre perdió el juicio y quiso apartarme bruscamente, sin que yo lo permitiera obligándolo a

ceder fuerte a la genuflexión hasta el ras de la alfombra. Dance bajo el efecto perturbador de la luna *cuernos arriba*, me despojé de la diadema que lucía en mi frente y coroné la testuz de *Alibuca*. La danza se apoderó de mi cuerpo y con movimientos suaves y gentiles baile alrededor de la torre caída. Desde su dorso extraje un breve puñal enfundado en su cintura para realizar con el filo de acero el baile de la daga lanzándolo al aire para luego recobrarlo con la mano siniestra y ciñéndolo dominante contra su largo cuello de bronce.
En ese instante murmuré maldiciente a su oído:

“Eres causa y ceguera de la luna en el
tañer de mi cuerpo y en el amargo ajenjo
de mi boca. Eres ebriedad que arrastrando
a la noche permaneces quieto bajo mis
senos como dos soles que danzan sobre la
faz que te gobierna en la adoración galante
de tu sexo,
hoy mueres insensato por última vez”

En ese preciso momento llegó el Jeque tras un coro de voces de esclavas mulatas arrojando a su paso pétalos blancos de *jazmín diamela*. Se dirigió hacia nosotros con la espada desenfundada. De inmediato lancé la daga sobre su cuello perpetrando su muerte.

“El Jeque deseó la selva de odas y mirtos.
Humedeció el vino a su boca la sangre
que la daga penetró su cuerpo.
El dulce dátil bajo su lengua,
fruto selecto herrumbre y polvo
en las sombras de su noche.”

# BÉLGICA
# BRUSELAS

**ALLIANCE TYPOGRAPHIQUE**
(M.-J. POOT ET COMPAGNIE)
37, rue aux Choux, 37

**1873**

Una tarde de verano me encaminé a la antigua imprenta del *siglo XIX* donde se encontraron recientemente en la bodega los 90 ejemplares al famoso autor *Arthur Rimbaud*, *Una temporada del infierno* los que nunca le fueron devueltos por su muerte anticipada.
El joven que atendió a mi presencia mostraba un gesto provinciano. Su cabello semejaba el oro que el tiempo sufriente desgasta. La línea sutil de su ceja adornaba el azul plumbago de sus ojos como los lívidos amaneceres después de una noche de tormenta. La insolencia de sus labios breves ocultaban un largo hablar de sus deseos en demasía.
Su vestimenta ostentaba un saco gris, chaleco ocre y un abotonado sin fin rematando con un listón plisado a manera de corbata de color oscuro.

"¿Qué desea usted?"

Me preguntó el joven. Sin responderle volví mis ojos hacía una repisa de viejos libros y caminé hacia ella mostrando el arco obsceno de mi espalda continuando con ese andar femenino el contoneo erótico de las dos lunas que soportan prominentes sobre mis muslos. Sostuve un libro cualquiera por unos instantes y le respondí: Deseo un ejemplar de los únicos y originales hallados

últimamente en ésta imprenta del autor *Arthur Rimbaud*. Fijé mis ojos a sus ojos y miré en su mirada la mórbida avidez lubrica evocando sin mesura la silente codicia de su infierno de hombre en la breve lujuria de su boca, el chico vacilante respondió*: "Señora mía tengo para usted un ejemplar heredado para mí, del abuelo."* El joven se dirigió hacia un viejo mueble y extrajo de un cajón el libro tan deseado, y sin decir palabras entró a una pequeña bodega incitándome con el azul de su mirada aún más intensa le siguiera para leerme el libro cómodamente y en privado. En la bodega se respiraba un aroma perfumado de tinta negra que ofrecía a mis instintos una apertura intima al pasado recreando en mí una visión romántica de mediados del siglo XIX. Entre los anaqueles de libros logré ver colocado un pequeño daguerrotipo con el rostro de un hombre árabe barbado en actitud de venganza mortal.

En ese instante me insistió a posarme sobre un viejo sofá de terciopelo negro. Allí leyó en voz baja:

> "En otro tiempo, si mal no recuerdo, mi vida era un festín en el que se abrían todos los corazones y en el que se derramaban todos los vinos. Una noche senté a la belleza sobre mis rodillas y la encontré amarga y la injurié. Me he armado contra la justicia. Me fugué ¡Oh brujas! ¡Oh miseria! ¡Oh odio! Fue a vosotros quien confié mi tesoro, conseguí hacer desaparecer de mi espíritu toda esperanza humana sobre cualquier alegría para estrangularla, di el salto sordo de la bestia fiera, llamé a los verdugos para que, al parecer pudiesen morder la culata de los fusiles, he invocado los desastres para ahogarme contra la arena y la sangre, la desgracia ha sido mi dios, me he tendido en el cieno, me he secado con el aire del crimen, he gastado buenas chanzas a la locura y en la primavera me trajo la risa horripilante del idiota, luego, últimamente cuando me

> he visto a punto de lanzar mi último aullido, se me ocurrió buscar la llave del festín antiguo para ver, si, con ella, recobraba el apetito, la caridad, es ésta llave, ésta inspiración de muestra que lo he soñado. Seguirás siendo hiena, insiste el demonio que me coronó con tan amables adormideras, llega a la muerte con todos tus apetitos con tu egoísmo y con todos tus pecados capitales. Ahhhhh, ya aguanté lo mío, pero querido *satán* os conjuro, miradme con ojos menos irritados y aguardando las pequeñas cobardías en demora, para voz, que amáis en el escritor de la ausencia de facultades descriptivas o instructivas voy a destacar algunas odiosas hojas de mi carnet de condenado, en ocasiones, he visto, lo que las personas creen haber visto, he derramado demasiadas lágrimas y tengo el alma rota”
> Arthur Rimbaud.

Después de la lectura quedé perturbada y apartando hacia un lado el libro incorporé mi cuerpo hacia el suyo a manera de un felino. Mis ojos azules desfallecientes sobre los suyos plumbago, incitaban arrancarle de su boca el vino sangrado de sus labios. Alargué mi brazo y mis dedos entrelazaron sus cabellos. Giré su rostro y mordí su cuello. Él gimió herido entregándose a mí en la bestialidad de mis tanteos. Lo despojé de la vestimenta y del cinturón que como armadura lo ceñía. Acaricié con la mano la envergadura que le sostiene y mi larga lengua como un ala de ave aleteó entre los confines de su entrepierna. Bebí el níveo amanecer del vino derramado entre mis labios y cerró sus ojos al sueño inestable. Bálsamo del sueño eterno y mundano.

# DESEOSA DE TI

La noche con su luz de invierno
murmuró a mi oído;
deja que tus entrañas devoren
hambrientas el sudor de tu duelo,
fue entonces cuando de ti embriagada
volví a encender de lujuria tu sombra,
apresurada al desnudo desplegué mis alas
y descalcé mi locura de éste frío infernal
que indiferente en mi desvelo quema,
y en mi innegable fantasmagoría
sobre tu cuerpo inerte sentí tu carne viva
y con un suspiro me bebí tu aliento,
mudo y ciego.

febrero 2021

Admiro la nobleza del espíritu entre la cordura de los años y la libertad sin tiempo de tu corazón indescifrable, y escucho a ciegas el aullido ebrio del lobo alfa apareándose entre la yerba ante mi eminente pesar que ensambla los pedazos de mis huesos rotos frente a tu inigualable fuerza de equilibrio, sabiduría y serenidad que te hacen exquisitamente un humano irresistible e inteligente frente al vestigio de una mirada a la más bella especie nocturna de monte.

María Barnard

14/02/2021.



# MEMORIA

*En el silencio de mi alcoba,*
*perturbada de lascivia,*
*ebria de placeres y del*
*vino de tu piel,*
*acaricio mis senos*
*bajo la memoria de tus ojos,*
*y mis alas de sombra inexorable*
*entre tu rostro árabe*
*sobre mi cuerpo,*
*niega el vestigio de tu nombre*
*en esta noche en que el vaho*
*de tu recuerdo resurge*
*entre mis labios.*

*Marzo 2021.*

# Epílogo

Es así como la naturaleza seduce a sus criaturas en el embeleso que confunde la discreta lujuria con esa distancia que oprime la inocencia impuesta a nosotros mismos. La ambigüedad de nuestras costumbres afloran insistentes en el clímax de nuestros instintos que perturban en el previo deseo de la copula.
La muerte del sueño te seduce a la necesidad humana de imaginar la piel del otro, la piel de mi cuerpo, la incrustación de mis ojos sobre la infamante virilidad de un rostro y unos labios de artificio se desdicen de agonía, simulacro del deseo, unas manos en demasía sobre mis senos divagaron sobre la aviesa necesidad de un instinto, un fardo entre mis manos la censura de mis sentidos un murmuro como un lamento en la profunda inasible veneración del sexo.
Es la memoria que se hace evidente ante la codicia carnal e inevitable de la barbarie humana que constantemente nos habita ¿Cuál ha sido el riesgo humano más atrevido, segar con la daga la sangre que como veneno en un instante deja en la propia mano el templado acero en la infame piel del traidor que ostenta la carne en la maldición de la muerte?

Es el ahora y aquí pertenencia de tu cuerpo en mí, el sacrificio temporal de tu ser conmigo y será tu carne la informe levedad sustraída a la mirada mía como una sombra que vaga perdida entre mis ojos.
Dime tú, oh Dios si el andar vano sobre este mundo mi pie desnudo pisa mi lápida al ras de este miserable suelo, sí acaso el cerrar de mi puño la daga penetrando el corazón del

amante, el festejo de su agonía el dulce dátil bajo su lengua, fruto selecto herrumbre y polvo.
La muerte es la desbandada de los instintos huyendo hacia los confines de nosotros mismos que ávidos de sabernos muertos estamos vivos como estando vivos nos soñamos muertos.

Tú estarás aquí y vagaras eterna entre la lujuria contra los escombros de tu propia carne que constante te lacera.

Es tu paraíso insondable de las almas ebrias de lascivia que se consumen en la memoria de los hombres y de los tiempos.

Hoy en la profundidad de la noche y la vastedad del horizonte, mátame tú, inasible ante la inefable bondad de tu victoria.

"Yo, María, venturosa de vanidad y belleza, desterrada de mí y de mi carne, ansiosa de pureza y virtud ofrendo mi cuerpo a la insana voluntad de los hombres"

*María Barnard.*

# Índice




*RELATOS ERÓTICOS,* de María de los Dolores Posada y Barnard.
Se terminó de imprimir en los talleres de
VERSOTERAPIA
Ciudad de México
Celular 2288 35 19 62
editorialversoterapia@gmail.com
Marzo 14 del 2021.